

Lobos en la Puerta

Sara despertó en mitad de la oscuridad.

Junto a ella yacían dos de sus amigas.

Apenas veía, no sabía donde estaba, sólo podía distinguir formas, siluetas.

María estaba esposada a una tubería oxidada que había en una esquina, tenía la ropa sucia y rota, el largo pelo dorado estaba sucio y le cubría el rostro. Sara podía escuchar sus sordos sollozos.

Al otro lado de la roñosa estancia de aire estancado, Esther se acurrucaba abrazándose las piernas, no hacían falta cadenas. Estaba tan asustada que no movía ni un músculo. Las lágrimas parecían haberse agotado, su blanca cara cubierta de suciedad estaba atravesada por surcos.

¿Qué había pasado? Sara no era capaz de recordar nada.

“A ver” pensó mirando a las sombras temblorosas de sus amigas

“Recuerdo que el viernes, es decir, hoy, supongo, hemos estado en casa de Richard, luego quedamos en ir dejándonos caer por el Babylon y celebrar el cumpleaños de...¿Eneko?”

Sara se devanó los sesos, frustrada. En efecto, recordaba rostros, gestos, emociones, lugares, pero no era capaz de visualizar la noche en general. No había probado una gota de alcohol (no le había dado tiempo, más bien) ¿Por qué entonces se sentía como después de una noche de borrachera? No sabía que había hecho, que había dicho, ni a quién.

De pronto, unas delgadas y alargadas luces blancas en el techo se encendieron, permitiendo ver relativamente bien. Hacían un curioso sonido titilante y parpadeaban, como las de los baños de una película de zombis barata.

Un siseo y el raspar de unos pasos que se acercaban la alertaron de que alguien venía.

Nadie se movió, no tenían a donde ir.

Sara miró a su alrededor. La habitación era amplia, con las paredes, el suelo y el techo cubiertos de suciedad y mostrando que en algún momento de la historia habían sido blancos. El polvo estaba por todas partes, y el hedor...

Una terrible peste a sangre vieja, putrefacción y alcantarilla. Supuso que ése último olor se debía a que estaban en algún lugar subterráneo, ya que las tuberías deslustradas y sucias hacían extraños sonidos de atragantamiento, como si llevaran agua muy sucia y pesada. El sonido fantasmal recorría las paredes, por arriba, por los lados...

Pero no se veía ni una puerta.

El aire viciado de la estancia pareció condensarse. En el centro, como un tornado de polvo y suciedad, se empezó a formar una silueta.

Sara contemplaba cómo se formaba aquella figura de sombras completamente fuera de sí. No podía decir que estuviera sorprendida.

Más bien, tenía la sensación de que toda aquella experiencia era algo irreal, un sueño, una alucinación...

Y sin embargo, la forma seguía adquiriendo nitidez y contornos. Poco a poco se empezaron a distinguir unas extremidades vaporosas...un pilar central de oscuridad que podría ser un cuerpo...Cada vez el aire se viciaba más y olía peor, como si la sombra estuviera formada de la esencia misma de la sala.

Fue tomando poco a poco solidez hasta pasar de ser apenas sustancial a transformarse en el miedo encarnado.

Era el monstruo más horrible que la joven de dieciocho años había visto jamás, y eso que era aficionada al cine de terror; una piel rugosa y grisácea cubierta de llagas y sarpullidos envolvía una forma vagamente humana de enormes aunque hundidos ojos rojos, sobre ellos caía un cabello grasiento y poco abundante que era atravesado por una gigantesca nariz parecida a la de una bruja de cuento, la pesadilla estaba rematada por una fila de terribles dientes amarillos, afilados e irregulares entre los que destacaban los curvados colmillos. Vestía una larga y destrozada gabardina negra de cuero maltratado por la humedad y un pantalón en iguales condiciones con aspecto de no haber sido lavado nunca.

El ser habló, su voz parecía estrangulada, como si estuviera a punto de morir ahogado.

-Bien, bien, aquí efts laf tref- al parecer la bestial dentadura le impedía hablar de forma remotamente delicada

Sara se movió, atrayendo su atención, intentó levantarse, pero sus piernas no le respondían.

-No lo intentef mona, te caífte y te rompifte la efpalda-
Horror.

-¿Cuándo?- consiguió decir con un hilo de voz tras unos segundos eternos

-Cuando of recogí arriba por fupuefto- contestó con toda naturalidad, como si en lugar de un secuestro estuviera hablando de un partido aburrido- echafta a correr y te caífte por una alcantarilla, hice lo que pude, al menof eftáf viva- aquello último lo dijo con un aire bonachón que a Sara le resultó repugnante- no recuérdaf nada porque te he borrado efa noche de la memoria, antef de que lo preguntef. En fin, bafta de explicacionef, of he traído aquí para jugar a mi juego preferido-

Ahora las tres le prestaban total atención. Miraban absortas a los desencajados y deformes ojos vacíos. Sara se revolvía con el torso y trataba de impulsarse con las manos, pero sólo lograba menearse patéticamente, como un gusano.

-Quiero que decidáif en qué orden of voy a matar, y, antes de que fupliqueíft- alzó ambas manos- quiero que fepáif que no foif laf primeraf, ni las últimaf, decidid ahora, laf tref vaif a morir, fólo quiero faber en qué orden-

Las chicas estaban lívidas, su miedo se hacía patente en cada respiración agitada, en cada tembloroso y espasmódico movimiento, en cada lágrima.

Y entonces, desde muy lejos, aulló un lobo.

Típico, pensó Sara, sólo faltaba un cuervo graznando en una rama y la escena sería perfecta.

Escupió al suelo patéticamente intentando mostrar desafío al que habría de ser su asesino.

-¡Cobarde!-

-Fuperviviente- corrigió el- ef para hoy guapaf, fi no of torturaré a la fref una a una, pero fi me decí lo que quiero oír of mataré rápido- El aullido sonó más cerca, Sara empezaba a creer que aquel perturbado lo tenía grabado y lo estaba repitiendo.

Sin embargo, sus ojos rojos se movían inquietos y sus verrugosas orejas no paraban de moverse, como las de un ratón inquieto, para intentar captar un sonido que las jóvenes no identificaban.

Por fin, Esther lo dijo:

-¡Hay alguien en el techo!-

Efectivamente, un sonido rasposo descendía desde arriba, una curiosa amalgama de vigas y tubos de metal.

La criatura que las había raptado se deslizó a toda velocidad hacia María y le tiró del brazo con tal fuerza que casi se lo dislocó, miraba el reloj.

-Al menof ef de noche- dijo para sí mismo

Acto seguido mordió a la muchacha. La mordió, como suena. Clavó sus roñosos y desiguales dientes afilados y putrefactos en la garganta de una persona inocente e indefensa. María, encadenada como estaba, no podía resistirse. Pero gritó.

Mientras Sara se tapaba los oídos y Esther se quedaba congelada de pronto y temblaba violentamente, el monstruo, indiferente a los gemidos, desgarró el cuello con sus atroces colmillos y abrió con ellos profundas heridas que la hicieron desangrarse en su boca, mientras, siguió sujetando el cuerpo frágil y delgado, presa de convulsiones, durante varios segundos, hasta que quedó laxo.

Desde arriba llegaron sonidos rasposos aún más fuertes que antes, junto a unos furiosos ladridos.

Sara chillaba, presa del pánico, intentó moverse, arrastrarse, lo que fuera.

Esther tenía los ojos como platos y parecía a punto de vomitar de miedo, estaba petrificada.

Sara se e arrastró hacia ella y se apoyó en su brazo para incorporarse.

La abrazó para que no mirara mientras el techo se hundía hacia dentro con un sonido de piedras rotas y metal doblado.

Se había abierto un agujero de varios metros por el que entraba directamente un rayo de luz lunar que indicaba que no estaban lejos de la superficie. A pesar de su estado aterrorizado, la chica suspiró con alivio. Ya no había peligro de quedar sepultadas si la estructura cedía, podrían salir de allí...no, no podrían. Sara no podía trepar, se había roto la espalda.

Horror.

La chica contempló los restos destrozados de los escombros que caían al suelo, tenían unas enormes marcas paralelas y profundas, como de garras de algo tan enorme, tan pesado y tan fuerte como

para dejar zarpazos en piedra. Presa del miedo, miró a la improvisada entrada, donde creyó ver unas formas oscuras de ojos brillantes. Sonó de nuevo el aullido.

Dos lobos del tamaño de caballos cayeron del agujero y corrieron por la estancia, derribando escombros y rasgando cañerías.

Toda la estructura del techo gimió, se vendría abajo en cuestión de minutos. Los soportes se combaron, las vigas se doblaron, las tuberías se torcieron y lanzaron corros de agua sucia a presión que golpearon en los ojos a Sara y bañaron el cuerpo de María, que yacía en una patética postura de muñeca rota.

Sara contempló a los animales iluminados tanto por el artificial resplandor de las bombillas como por la nívea y ardiente luz de luna que bajaba desde arriba.

Uno de ellos era pardo y tenía el pelo de detrás de las puntiagudas orejas recogido en lo que Sara juraría que era una coleta.

¡Los lobos no se hacían coleta!

A pesar de todo, incluso el atormentado cuerpo y la castigada mente de Sara podían ver que no era un lobo corriente. No sólo por su tamaño, había algo en su forma de moverse, en cómo brillaban sus ojos.

El segundo parecía mucho más salvaje, echaba espuma por sus fauces cubiertas de vello oscuro mientras se movía con la total confianza de un cazador que no ha dejado nada al azar, su negro pelaje tenía listas carmesíes que parecían sangre, aunque eran demasiado perfectas como para serlo.

Mientras trotaban, Sara se dio cuenta de que ambos despedían un aura de amenaza terrible que hacía que fuese doloroso mirarlos directamente durante mucho tiempo. Había en cada centímetro de aquellas bestias un poder primario y salvaje que hablaba de sangre y de muerte. Sin embargo, su olor era diferente a la hedionda peste del monstruo fantasmal, aquellos lobos llevaban junto a ellos la fragancia primitiva del bosque, de la tierra y de la lluvia. Sólo con inspirar aquello, Sara sintió que volvía a salir de sí, que volvía a estar en un sueño, no en una realidad dolorosa.

El asesinato de María desapareció de repente y volvió a aparecer sólo para estamparle una tubería rota en el costado al lobo de las marcas rojas, que gruñó y mientras caía al suelo, logró agarrarla con sus terribles colmillos amarillentos y hacer salir por los aires al monstruo...al otro monstruo, que se estrelló contra el suelo justo frente al canino con coleta.

El secuestrador volvió a desaparecer, se fundía con el entorno oscuro en proceso de derrumbamiento con total perfección, y se movía a toda velocidad para golpear a sus enemigos por la espalda o los flancos.

La sexta vez que lo hizo, ambos lupinos se colocaron uno a cada lado de la sala y saltaron hacia el otro con ímpetu, con la esperanza de pillarlo en el medio.

Sara cerró los ojos, se iban a estrellar el uno contra el otro.

Pero, tras un eterno segundo, ambos sujetaron los brazos del espectro sangriento con las mandíbulas, se escuchó un terrible sonido de

desgarramiento y el cuerpo desmembrado cayó al suelo chillando mientras los lobos aterrizaraban el uno en la posición anterior al salto del otro con ligereza...y con un ensangrentado miembro alargado y mórbido en la boca cada uno.

Esther, que a pesar de los esfuerzos de Sara estaba mirando, no lo soportó más. La joven notó sus convulsiones y sus arcadas mientras sentía que algo cálido y pegajoso le empapaba la manga de la sucia camisa. Sara simplemente abrazó a su amiga con más fuerza y la balanceó, mientras sus ojos iban del cuerpo desangrado de María al tremendo combate que se acababa de interrumpir.

Con paso casi triunfante, impropio de animales los lobos se acercaron a su derribada víctima.

-Eftáif...jodidof...fi ef lo mejor...que tenéif- masculló el monstruo mientras, con un grito se ponía en pie algo le estallaba en los muñones. Cuando la materia putrefacta y purpúrea se dispersó. La criatura tenía dos largas extremidades terminadas en garras negras y herrumbrosas donde antes no había nada.

Los lobos ladraron, aceptando el desafío, y saltaron hacia delante. Siguió un combate demasiado difícil de seguir a simple vista, furioso y a toda velocidad del que Sara sólo recibía imágenes residuales de criaturas que ya no estaban allí, rugidos de ira, blasfemias y espantosos ruidos.

Concluyó cuando el secuestrador estuvo contra la pared, acorralado por los dos enormes animales.

Una tercera figura, humana, que vestía una amplia camisa blanca, y llevaba el pelo negro muy corto y una elegante perilla bajó del precario techo con soltura y elegancia y sacó de debajo de su chaqueta una estaca de madera.

Un hombre con una ropa tan limpia y aparentemente cara habría desentonado en el lugar, a pesar de llevar aferrada en la mano izquierda la más famosa herramienta de matar vampiros de cuento. Pero había algo en su mirada, en su presencia, en su piel de alabastro, que daba a entender que era quizá más peligroso a su manera que los propios lobos o el monstruo que había desangrado a María.

Por el rabillo del ojo, el hombre vio a Sara y a Esther y sonrió con fiereza.

-iPor dios colega! ¡Podrías ser su padre!-

-Baftardo...te huelo...tu no eres un Lobo-

-Cierto, soy más listo, más fuerte, y por supuesto, mucho más guapo-
Los bestiales compañeros gruñeron como si hubieran entendido cada palabra.

Un vampiro mata a otro vampiro...¿Para tener contentof a lof lobof?-

Los "lobof" me hacen el favor, te voy a matar con mucho gusto-

Dicho esto, clavó la estaca con total precisión en el pecho del secuestrador, que abrió mucho la boca y los ojos y se quedó quieto.

Sara se quedó embobada, contemplando como una persona de aspecto normal e inocente atravesaba a un monstruo con una estaca sin salpicar su chaqueta perfectamente limpia...y sin alterar en ningún momento su torcida sonrisa o su implacable mirada de ojos oscuros, que relampaguearon rojos durante una fracción de segundo. El hombre, con un movimiento de brazo, dejó caer el cuerpo tieso de su adversario, casi con desgana.

Los lobos le hicieron pedazos en cuestión de segundos. No llegó a tocar el suelo en menos de diez trozos.

Entonces, el presunto salvador se giró y contempló a las chicas, pensativo.

Sonrió.

Y Sara se desmayó. Simplemente...demasiado.